

permanecer en su puesto, inquietado en la noche por el enemigo y por las manadas de lobos que venian á devorar los cadáveres de los desgraciados soldados.

Un segundo ataque fué intentado el 7 de Octubre, y su consecuencia fué la retirada de los ingleses. Arnold, sin órdenes, tomó la ofensiva; Burgoyne, obligado á retirarse con un ejército en desórden reducido á 3,500 hombres, con seis dias de víveres, y con enemigos invisibles que lo rodeaban por todas partes, tuvo que tratar el 13 de Octubre con el general americano, y que rendirse bajo condiciones honrosas sin duda, pero que si demostraban que los ingleses se habian batido con valor, probaban tambien el descalabro que habian recibido.

Cuando la mañana del 17 de Octubre los soldados ingleses fueron formados para deponer las armas y recibir los víveres de que tenian gran necesidad, el general Gates se aproximó á Burgoyne y le dijo con la frase vana mas inoportuna: «General, tengo mucho gusto de veros.» Burgoyne, hombre de talento mas que soldado, le contestó: «Ya lo creo, general, porque la fortuna de la guerra es toda vuestra.»

Los soldados americanos se condujeron con tal decencia, que conmovió á los vencidos. El mismo Burgoyne cuenta que despues de la *convencion* (nombre para dulcificar la capitulacion), una de las primeras personas que vió fué al general Schuyler, el cual poseia en Saratoga unos establecimientos de aserrar y algunos almacenes, en valor de cincuenta mil pesos. Burgoyne los habia mandado incendiar porque impedian su defensa. «Yo le expresé mi sentimiento, dice este general, y le expresé las razones que me habian obligado á obrar de este modo. Schuyler me suplica que no vuelva á pensar en esto, agregando que las circunstancias me justificaban, segun los principios y reglas de la guerra, y que él en mi caso habria hecho lo mismo. Hizo mas, encargó á uno de sus ayudantes de campo que me condujera á Albany para procurarme, decia, mejor alojamiento. El ayudante me llevó á una casa elegante, y con gran sorpresa mia me presentó á la señora de Schuyler y á la familia. Durante mi permanencia en Albany quedé en la casa del general, con una mesa de veinte cubiertos para mí y para mis amigos, recibiendo todas las muestras posibles de la mejor hospitalidad.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Lord Mahon, VI, 197.

El marques de Chastelleux, que en 1780 hizo un viaje á América, hace una pintura agradable de Schuyler y su familia; pero agrega la reflexion siguiente, propia de un elegante del siglo XVIII:

«El general Schuyler es todavía mas *amable cuando no está con su muger*, en lo cual se parece á nuestros maridos europeos.»

De todas las batallas, ninguna acaso tuvo mas influencia que la de Saratoga, que dió por resultado la rendicion de 3,500 hombres. Fué para la Inglaterra una leccion de moderacion: pudo conocer, por la primera vez, que su poder tenia sus límites, y que la distancia y el valor de sus súbditos insurreccionados podian hacerla ceder.

Para las colonias fué una leccion de confianza en su buen derecho; despues de tres años de miserias, la fortuna volvia, podia esperarse la independenciam y la paz. Para la Europa fué tambien una gran advertencia: la Inglaterra podia fracasar, y era de aprovechar la ocasion para aliarse con las colonias y humillar así á una antigua rival. La Francia no dejó escapar esta oportunidad.

Lo singular es que este acontecimiento, tan considerable por sus consecuencias, se verificó fuera de la accion de Washington. Fué un general oscuro quien alcanzó la victoria, de la que se sirvió para humillar á Washington. Gates dió parte directamente al Congreso, sin tomarse la pena de dar aviso al general en jefe de lo que habia hecho. «Esperemos que todo acabará bien, escribia Washington con calma á Patrick Henry. <sup>1</sup> Si nuestra causa es feliz, poco me importa en dónde y por quién se alcance el triunfo.»

Esta era una alma de héroe; pero es triste ver que los contemporáneos apenas conocian que existia entre ellos un gran hombre. Debe hacerse justicia á Lafayette, que no dudó jamas; todas sus cartas respiran la mas viva alegría por estar cerca de un *grande y excelente hombre*, no teniendo para él ni envidia ni debilidad, sino admiracion y amor. Acaso sea este el mas bello título que Lafayette tenga á la estimacion de la América y de la posteridad.

Los acontecimientos de América tuvieron su eco en Europa; el 20 de Noviembre de 1777 el rey abrió el Parlamento personalmente, y le pidió nuevos recursos para dominar la rebelion. Se ignoraba la rendicion de Burgoyne, aunque se conocian sus embarazos.

<sup>1</sup> Carta de 13 de Noviembre de 1777.

Lord Chatham reapareció en la brecha. Su política se reasumía en este punto: mantener la union de la Inglaterra con las colonias, como único medio de abatir á la Francia; á este precio cederlo todo á la América, reconocerle todos los derechos que reclamaba, fuera de la independencia, y hacer regresar las tropas á Europa. Lord Rockingham y sus amigos pensaban que era demasiado tarde, y que era una necesidad reconocer la independencia. Era una verdad dura que todavía no se atrevían á proclamar públicamente. Chatham sostuvo todo el peso de la discusion del mensaje. Entre las diversas partes de su discurso habia una en que hablaba *de los sufrimientos y acaso de la pérdida total del ejército del Norte*, frase profética que causó una profunda sensacion, cuando diez dias mas tarde se tuvo noticia del desastre de Saratoga.

Sus palabras fueron mas enérgicas que nunca, y hoy todavía en las escuelas de Inglaterra y de América este discurso es el modelo que se presenta á los niños para que conozcan la elocuencia moderna.

«Milores, decia, en medio de embarazos y peligros parecidos á los nuestros, la costumbre de la corona ha sido siempre solicitar el auxilio y concurso de esta Cámara, el gran consejo hereditario de la nacion. Derecho ha sido del Parlamento prestarlo, como deber de la corona pedirlo.

«Pero hoy, en la crisis en que estamos, no se os pide ni consejo ni apoyo; la corona sola, por sí misma os declara que no cambiará su resolucion de seguir en las medidas que tiene acordadas; ¡y qué medidas, señores! Medidas que hasta hoy no han producido mas que descontento y derrotas. No puedo, milores, ni quiero asociarme á estas felicitaciones por descalabros y desgracias. Estamos en un momento peligroso y terrible; la hora de la adulacion ha pasado. Para salir de esta crisis difícil y amenazadora, se necesita algo mas que vanas lisonjas. Es preciso hablar al trono el lenguaje de la verdad. Debemos, si es posible, disipar las sombras y las ilusiones en que está envuelto: es necesario mostrar con todos sus colores y en todo su peligro la ruina que toca á nuestras puertas.

«¿Pueden creer los ministros en su presuncion que sostendremos su locura? ¿El Parlamento ha perdido la conciencia de su dignidad y de su deber para que sostenga medidas como las que se nos imponen

por la fuerza? Medidas, milores, que han reducido esta gran nacion á ser objeto de menosprecio y desden. Ayer todavía la Inglaterra habria resistido al mundo entero; hoy nadie es bastante miserable para respetarla.

«Estos colonos, que al principio hemos despreciado como rebeldes, pero que ahora nos es preciso reconocer como enemigos, se han conjurado contra nosotros: nuestro inveterado enemigo les proporciona armas y provisiones, consulta su interes, recibe sus embajadores, y nuestros ministros no pueden, ni se atreven á obrar con dignidad y con energía.

«Conocemos en parte la situacion que guardan nuestras tropas allá: nadie mas que yo tiene una idea tan elevada de los ejércitos ingleses; conozco su virtud y su valor; sé que todo pueden hacerlo; pero sé tambien que la conquista de la América inglesa es una cosa imposible. No podeis milores, no podeis conquistar la América.

«¿Cuál es vuestra situacion allí? Tal vez no lo sabemos todo; pero sí sabemos que en tres campañas no se ha hecho nada y sí se ha sufrido mucho. Podréis aumentar vuestros gastos, redoblar vuestros sacrificios, acumular todos los auxilios, extender vuestro tráfico hasta *las carnicerías* de todos los déspotas alemanes; mas serán vanos é impotentes todos vuestros esfuerzos, y doblemente impotentes cuanto que os apoyais sobre recursos mercenarios, recursos que excitan un profundo resentimiento en el corazon de vuestros adversarios, de esos hombres que entregais á la espada mercenaria de la rapiña y del robo, de esos hombres que librais con sus bienes á la crueldad venal de unos cuantos pillos pagados. Si yo fuese americano, miéntras un soldado extranjero permaneciese en mi patria, nunca depondria las armas, nunca, jamas.»<sup>1</sup>

A este grito del patriotismo indignado se conmovió la asamblea; pero pasada la primera emocion, los pares fueron conquistados por los ministros, declarándoles que no se creia que la Francia ni la España tuvieran disposiciones hostiles contra la Gran Bretaña, la que ademas contaba con cuarenta y dos navíos de línea, con cuya marina podia desafiarse á toda la casa de Borbon.

La Cámara, convencida por esta verdad *ministerial*, rechazó la en-

<sup>1</sup> Lowell. *Speaker*, página 124.

mienda de Chatham por noventa y siete votos contra veintiocho. En la Cámara de los Comunes fué presentada la misma enmienda por el marques de Granvy y sostenida por Burke y por Fox; pero tambien fué rechazada por doscientos ochenta y tres votos contra ochenta y seis.

Algunos dias mas tarde, el 2 de Diciembre de 1777, llegó la noticia de la rendicion de Burgoyne. No era al principio mas que un rumor vago; algunos desertores ingleses lo habian llevado á Ticonderoga, y de allí habia pasado á Quebec. Pero el 15 de Diciembre se recibieron despachos de Burgoyne, y esto bastó para abatir á lord North, que desde el primer dia de la guerra habia servido á una pasion de que no participaba. Declaró á la Cámara que despues de las fiestas de Navidad le propóndria algunas concesiones que podian hacerse á la América, para obtener un tratado de reconciliacion. Chatham en la Cámara de los Lores, y Burke y Fox en la de los Comunes, insistieron en que el Parlamento no retardase este negocio tan urgente; pero se aplazó para el 20 de Enero.

Era necesario este tiempo á los ministros para reanimar á sus abatidos partidarios y para tomar una resolucion.

La corte de Versalles no tuvo tales dudas. La campaña de 1777 y la derrota de Burgoyne habian probado que los americanos estaban en estado de defenderse; eran enemigos de la Inglaterra, y su amistad era conveniente para la Francia.

El 16 de Diciembre 1777, los comisarios de los Estados-Unidos fueron informados por M. Gerard, que el rey estaba dispuesto á reconocer la independenciam de los Estados-Unidos y á celebrar con ellos un tratado, en el que el rey no se aprovecharia de su situacion para obtener ventajas que no se le concedieran en otras circunstancias; que su Majestad Cristianísima deseaba que una vez hecho el tratado fuese durable y la amistad subsistiera siempre entre ambos países, lo cual no seria posible si cada nacion no tuviera interes en conservar la alianza.

La intencion del rey era, pues, tratar con los nuevos Estados, como si llevasen mucho tiempo de establecidos y estuvieran en toda la plenitud de su fuerza y de su poder.

El rey estaba decidido, no solo á reconocer, sino á sostener la independenciam de la América.

Obrando así, sin duda que se empeñaria en una guerra; pero el rey no pedia ninguna compensacion á los Estados-Unidos, porque no era solo por benevolencia hácia ellos por lo que se decidia, sino por el interes de la Francia y por disminuir el poder de Inglaterra, por la separacion de sus colonias.

La única cosa que demandaba el rey era, que los Estados-Unidos se comprometiesen á mantener su independenciam, y á no volver jamas al dominio del gobierno inglés.<sup>1</sup>

Es necesario hacer justicia á Luis XVI; no podian ofrecerse á un pueblo condiciones mas justas y mas honrosas; aquí, como siempre, la justicia era la suprema habilidad.

Tratando con los Estados-Unidos bajo un pié de igualdad, sin demandar ninguna ventaja especial, ningun monopolio comercial, se dejaba á la Inglaterra acabar la guerra, tan pronto como quisiese aceptar el pié de igualdad comercial con la Francia. Cerrándole los Estados-Unidos, se le obligaba á esfuerzos desesperados.

Pero aun hay mas; esta política libre y generosa hacia de la independenciam de los Estados-Unidos la causa comun de todos los pueblos mercantiles. La sumision de los Estados-Unidos era la vuelta del monopolio británico; su victoria era abrir un nuevo continente á todos los pueblos del viejo mundo, era el triunfo de la libertad comercial. Los Estados-Unidos tenian su derecho apoyado por el interes de la Europa entera; la Inglaterra se encontraba así sin un aliado, haciendo un papel doblemente odioso.

Este tratado que se firmó el 6 de Febrero de 1778, ha sido generalmente reprochado á Luis XVI, como una de las causas de la revolucion. La guerra de América hizo contraer deudas á la Francia, y trajo indirectamente la reunion de los Estados generales. Este apoyo, se decia, prestado á los insurgentes sublevados contra la autoridad legítima, fué un mal ejemplo, y ademas los amigos de Lafayette y los oficiales enviados á América con Rochambeau, los *americanos*, como se les llamaba entónces, trajeron del nuevo mundo ideas subversivas y republicanas que ocasionaron la caida de aquel que habia cooperado á la independenciam de la América.

Estos reproches, á mi modo de ver, son mal fundados, y descansan

<sup>1</sup> Ramsay. *American Revolution*, II, 65.

en el viejo sofisma: *Post hoc ergo propter hoc*. La Francia habia caido desde la paz de 1763 y la pérdida del Canadá. ¿Por qué no habia de aprovechar la ocasion de una revancha? No fué ella la que habia insurreccionado á la América: encontraba un pueblo libre é independiente que sostenia sus derechos con las armas en la mano. ¿Por qué, entónces, no debió haber tratado con él?

¿Mas el espíritu de independencía? ¿Este espíritu no existia en Francia? Voltaire y Russeau ¿no escribieron ántes del año de 1776? ¿La revolucion francesa acaso se hizo bajo el imperio de las ideas americanas? ¡Ay! no, desgraciadamente! Los únicos americanos que estaban en Francia, Jefferson y Morris, han predicho el aborto de la revolucion de 1789; porque en lugar de una libertad constitucional que hace la fuerza del individuo, del pueblo y de las asambleas, los franceses querian una democracia á la antigua, ó mas bien, la realizacion del quimérico *contrato social*. Las cartas de Washington á Lafayette están llenas de temores patrióticos sobre el porvenir de la Francia.

Rechacemos, pues, tan peligrosas paradojas. Jamas servir á la libertad y á la justicia ha podido perder á los pueblos ni á los reyes. La mas bella página del reinado de Luis XVI en la historia, será, sin duda, haber auxiliado á los americanos.

Lafayette, cuyas cartas habian contribuido á decidir á la Francia á sostener á los Estados-Unidos, fué el primero en el ejército americano, que recibió noticia del tratado. Fué á ver á Washington, le abraza, y llorando de alegría exclama: «El rey mi soberano ha reconocido vuestra independencía, y se alía con vosotros para ayudaros á establecerla.»

Toda descripción es débil, dice un contemporáneo,<sup>1</sup> para pintar la alegría. Por órden del general en jefe se reunieron todas las brigadas. Los capellanes oficiaron y dieron gracias al Todopoderoso, pronunciando algunos discursos. Se hicieron salvas, y á una señal dada todos los soldados exclamaron: ¡*Viva el rey de Francia!*

Se habia sufrido tanto en tres años con el frio, el hambre y la guerra, que parecia que estaban salvados desde que la Francia extendió su mano protectora. Fué necesario que el Congreso moderase esta confianza tan viva, previniendo al pueblo y al ejército que era menes-

<sup>1</sup> Ramsay, *American Revolution*, II, página 68.

ter sujetarse todavía á duras pruebas; que la alianza francesa aseguraba la independencía, pero no ponía al país al abrigo de las devastaciones del enemigo.

Prudente era la advertencia; pero el pueblo, que en su fé ligera se adelanta á los acontecimientos, no se engañaba. Estaba salvado.

Hay en todo esto, señores, grandes y bellos recuerdos que no debemos dejar perder. Nuestra historia está llena de guerras con el extranjero, de ódios y de violencias seculares; esto conserva entre nosotros un patriotismo receloso, que tiene su malo y su buen aspecto; pero hay tambien páginas que sin hacernos ménos patriotas, nos dejan mas dulces emociones. Mas de una vez la Francia ha dirigido sus armas al exterior, sin otro interes que servir á la independencía de un pueblo oprimido. La Grecia, la Italia y los Estados-Unidos han visto llegar á los soldados franceses y salir amigos. Estos trofeos son los mas gloriosos y los mas puros; no los perdamos jamas.

En la antigüedad una tierna costumbre establecía la hospitalidad: una *tessera*, un medallon con la cabeza de Júpiter hospitalario, era dividido en dos partes, entre dos familias, sirviendo de *símbolo* de reconocimiento para el extranjero que venia de un país lejano. Se juntaban los dos pedazos, y se encontraba el recuerdo de una antigua amistad, el pensamiento de los antepasados. Tambien nosotros tenemos nuestro símbolo: no podemos pronunciar el nombre de Washington, sin que el americano responda con el de Lafayette; nombres inseparables, recuerdo imperecedero y glorioso que debe unir á la Francia y á la América en una eterna amistad.